

DE MI LIBRETA DE VIAJERO

Por: IGNACIO RIVAS PUTNAM.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 3, Volumen X
Tercer Trimestre de 1952*

Días y días navegamos contra la corriente del Orteguzza, dejando en las playas llenas de sol la plaga de los mosquitos, y en los esqueletos de los árboles derribados por las crecientes, y tendidos sobre las aguas, güiros negros de lustrosa piel y cuerpo gigantesco.

Los indios bogaban desde el amanecer hasta el anochecer, luchando contra los chorros y los rompientes, y nosotros soportábamos las penalidades del viaje con la alegría y la esperanza de salir pronto a las tierras tolimenses, que habían dejado en nuestro recuerdo gratas sensaciones.

Cordiverá. . . Cordiverá, fue el grito cálido y alegre que los indios repitieron al mostrarnos en el lejanísimo horizonte la casi imperceptible línea del macizo occidental de los Andes, borroso en el azul etéreo de los cielos. Los ojos agudos de aquellos hombres la descubrieron mucho antes de que los nuestros pudieran ver su silueta. Aquella línea es en realidad una barrera formidable levantada entre las planicies de los valles del Huila y el Tolima, Cundinamarca y Boyacá, y las de los Llanos Orientales, las vegas del Vaupés y el Orinoco, el Meta, el Amazonas, el Putumayo y el Caquetá. También lo es entre lo civilizado y la soledad de las selvas salvajes.

Aún no serían las cuatro de la tarde cuando las hojas de los árboles que se levantaban sobre el perímetro de la ranchería empezaron a rizarse con un vientecillo de remolino; en pocos minutos éste se hizo más fuerte, y el follaje empezó a caer como lluvia de vivos colores.

Los techos de las casas se agitaban con furia, y en pocos minutos más todas ellas quedaron destruidas- El vendaval bramaba horrísono, y la respiración era difícil. El suelo de aluvión de arena y grava, donde se asentaba el poblado, fue levantado por el huracán en nubes

polvorientos, y proyectados —contra las maderas de las casas— los árboles y los cercados de guadua. La arena, que formaba densas nubes, crepitaba sobre las carnes de los pobladores, y se incrustaba entre su piel con el ardor de una quemadura.

Vi una mujer levantada en vilo con sus faldas hinchadas como un globo, y depositada con estrépito entre el alto ramaje de un mango, que pudo resistir el embate del huracán.

Tuvimos que arrojamos al suelo, agarrándonos de las gramas y los escobos, para no ser arrastrados por la tempestad. Y vimos los árboles de nuestro alrededor, que también resistieron el ímpetu de la balumba, cómo azotaban con sus ramajes el suelo estremecido, encorvados y retorcidos por ella.

Es inconmensurable la potencia del viento desencadenado de aquellas regiones. Quien no haya presenciado una tormenta como aquella, no podrá darse cuenta, ni siquiera aproximada, de su fuerza titánica.

Al día siguiente, en completa calma atmosférica, fui hacia las vegas situadas al sur del derruido pueblo, más allá del río Hacha; y pude contemplar con horror el inmenso claro abierto por el huracán en plena montaña milenaria. Dicho espacio era recto, su anchura de un kilómetro y su longitud de más de tres leguas. Allí solamente quedaban ahora maderas destrozadas, en caótica confusión.

Arboles corpulentos, cuyas raíces estaban aprisionadas por centenares de toneladas de arcilla y grandes piedras, fueron proyectados a ciento y más metros de su asiento original, como hubiera podido hacerlo un niño, por juego, con una pequeña planta arrojada por sus pequeñas manos.

Esa fue una visión desoladora que trasportó mi espíritu a la época geológica de las grandes catástrofes del Cosmos.

